

PRÓLOGO

CONSTRUCTORES DE PUENTES

EMILCE CUDA¹

Ser pontífice es el desafío de todo cristiano. El Papa Francisco, en su encuentro del 24 de febrero de 2022 con jóvenes universitarios de todas las Américas, ha dicho: “Quien no construye puentes se olvidó de su bautismo”. Otro modo de expresar qué significa el sacerdocio común de los fieles. No solo el obispo de Roma es puente-pontífice, sino también todo bautizado. Los jóvenes estudiantes, con sueños sociales y eclesiales (cf. *Querida Amazonia*), lo saben y lo saborean; los profesores universitarios, también. Todos ellos, caminando juntos, hacen honor a su bautismo convirtiéndose en constructores de puentes.

Los puentes son una obra de ingeniería espléndida. No fusionan; unen. No aniquilan la distancia; la comunican. Un puente es una construcción sólida que permite el tránsito de una pesada carga. Para eso necesita descargar el peso sobre pilares resistentes que permitan la firmeza del puente para llegar lejos con el intercambio. Las universidades, a un lado y el otro de nuestro continente, son esos pilares fuertes que unen territorios distantes –tanto física como cultural y socialmente–; profesores y estudiantes son los constructores;

1. Doctora en Teología, Pontificia Universidad Católica Argentina (doble titulación, pontificia y civil). Profesora en Teología y Filosofía, misma universidad. Máster en Business Administration, UCES (Univ. de Ciencias Sociales y Empresariales de Buenos Aires). Estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y Ciencia Política en la Universidad de Northwestern, Chicago, USA. Secretaria de la Comisión Pontificia para América Latina y miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales.

la diversidad cultural, social, económica, política y científico-tecnológica es la carga que se debe transportar para permitir la comunicación, que es la vida misma, el amor en su forma más concreta.

Pertenecer a la universidad significa unidad más dirección; significa ir juntos hacia. Primero la unidad, luego la estrategia, dice Francisco en su Homilía de Pentecostés 2020 –algo que está ya en el Evangelio, en la Parábola del Joven Rico, quien pregunta a Jesús qué hacer para salvar la vida, y Jesús le responde: sé uno con el Padre. Esa es la santísima trinidad en la que creemos los cristianos, un Dios que es Uno y Trino, es decir, unidad en la distinción. Por analogía, la creación debe seguir y reflejar esa lógica para salvarse: unirse en la diferencia. Hacia ahí vamos. Eso es la universidad: unidad en la diferencia para luego caminar juntos hacia adelante. Pero ¿dónde está ese “hacia” lo que caminamos? Lo sabremos si nos unimos. Eso es una comunidad, una unidad en común. Lo común, el bien común, es la unidad; sin ella no se llega a ningún lado. Nótese que la unidad es lo común, es decir, lo que emerge entre las diferencias. Por eso la universidad es un ejemplo concreto de comunidad constructora de puentes. Es el territorio autárquico donde lo diferente no se aniquila, sino que se visibiliza en el debate, social y científico, para que lo bueno pueda surgir de esa relación.

Las universidades son la comunidad de la esperanza, capaces de construir puentes académicos –presenciales o virtuales–, para garantizar la vida digna en nuestra América. Pueden cruzar fronteras sociales, culturales y geopolíticas. Si son católicas, son para su Iglesia el espacio de lo público, donde los principios de fe confesados en el Credo, y los principios sociales de la Iglesia expresados en el magisterio episcopal y pontificio, actúan como fundamento del discernimiento que permite ver la realidad como punto de partida, y tomar decisiones concretas para la acción pastoral. Lo hace en términos seculares, facilitando así el diálogo ecuménico, interreligioso e interdisciplinario. Algunos llaman a esto Teología Pública; en ese sentido, la universidad católica es el espacio de esa modalidad teológica.

El gran desafío hoy, para los constructores de puentes universitarios, es garantizar la continuidad digna de toda la creación, lo cual incluye –además del planeta, los animales y las plantas– al ser humano. *Laudato si'* no es una encíclica verde, no habla de una crisis ambiental, sino de una crisis socio-ambiental. Denuncia una sola crisis ecológica originada en un sistema de relaciones produc-

tivas que, por haber puesto a la renta, y no a la persona, al centro, de no revertir eso, todo está amenazado de muerte. Se trata de hacerse cargo de manera urgente de la emergencia alimentaria y energética que pondrá al borde de la vida a todas las especies, incluso la humana. ¿Qué hacer? Volver a poner al ser humano en el centro de la economía. Hoy, el centro de los sistemas económicos productivos no está en el ser humano, sino en la renta, que no es persona. Para poner a la persona humana en el centro, “el gran tema es el trabajo”, dice Francisco en *Fratelli Tutti*.

La responsabilidad moral de las universidades latinoamericanas hoy –según mi modo de verlo– es repensar sus programas de investigación y de enseñanza para que dejen de ser funcionales a un sistema económico que mata. Sería una contradicción eclesial tener una universidad católica que abone con su docencia y sus proyectos de investigación el camino de la destrucción de la creación.

El libro que me han invitado a prologar –lo cual representa para mí un verdadero honor– puede verse como un trabajo ejemplificador de responsabilidad moral social católica académica. La misión universitaria bautismal puede resumirse del siguiente modo: ver, escuchar, sentir la realidad como punto de partida; discernir evangélicamente y discutir académicamente a partir de esa realidad; decidir conscientemente acciones concretas para curar al mundo (cf. *Catequesis Sociales del Papa Francisco*, 2020).